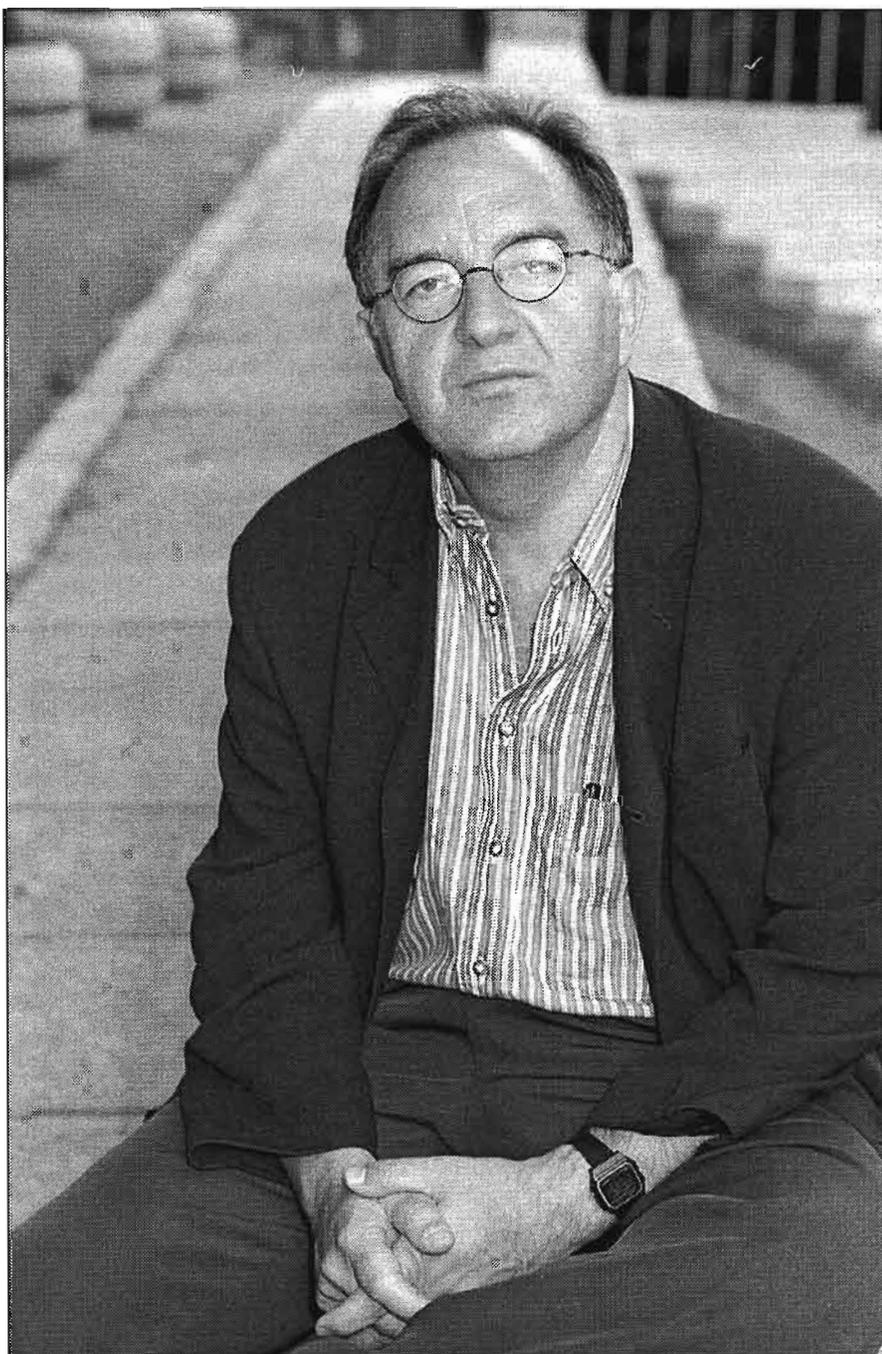


Ricardo García Cárcel

“El éxito de la leyenda negra esconde el fracaso de la leyenda rosa paralela”

Es catedrático de Historia Moderna de la Universidad Autónoma de Barcelona y uno de los mayores expertos en la Inquisición. Entre sus publicaciones destacan “La leyenda negra. Historia y opinión”, “Orígenes de la Inquisición española” y “Herejía y sociedad en el siglo XVI”. Durante varios años ha estudiado también la Historia de Cataluña y sus trabajos han visto la luz en una publicación de dos volúmenes sobre la Historia de los siglos XVI y XVII de esa región.

La dificultad de gobernar un reino como el que heredó Felipe II y la coyuntura europea hicieron que el carácter del monarca derivara hacia la imagen seria y oscura que se recuerda de él.



La figura del último de los Austrias mayores como un personaje mayestático sólo corresponde a una parte de su vida, en contraste con una juventud desconocida.

Pregunta. Las nuevas tendencias históricas que presentan a Felipe II como príncipe del Renacimiento, ¿tienen como objetivo acabar con la leyenda negra?

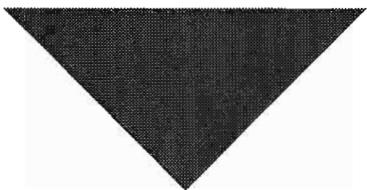
Respuesta. Lo primero que hay que subrayar es que la leyenda negra no sólo se explica en función de Felipe II. Los textos críticos contra la Inquisición son anteriores a su reinado, al igual que los textos contra la colonización americana. A partir de 1580 la leyenda negra toma a Felipe II como protagonista, pero no el único. En los últimos años se pretende no defender al Rey contra la leyenda negra, sino dar una imagen suya mucho más compleja, mucho más amplia, de esa imagen muy sectorializada que teníamos de Felipe II. Hay que recordar a un monarca joven, con un nivel cultural próximo al contexto del príncipe renacentista. Me conformaría con que de aquí sacáramos la idea de una pluralidad de Felipe II.

P. El abandono del papel del Rey guerrero que había cumplido su padre, ¿está relacionado entonces con la idea de aproximación al Renacimiento?

R. Sí, claro. Al nacer, en 1527, hace diez años que Lutero ha enunciado su famoso proyecto de programa protestante. En esos años veinte hay una movida reformista impresionante y eso le impregna en sus años de juventud. Las personas de su entorno inmediato estarán tristemente involucradas en los autos de fe de Valladolid y Sevilla de 1559, pero la infancia, juventud y adolescencia de Felipe II va muy ligada a una serie de figuras vinculadas al erasmismo. El fenómeno de Felipe II como implacable es de su edad tardía y hay que entenderlo en función de los tiempos. En la segunda mitad del siglo XVI la coyuntura europea fue de endurecimiento, de impermeabilización, y de marcha atrás. Felipe II fue un signo indicador de la reacción de Europa más que un responsable de esa reacción.

P. ¿El hecho de no haber sido Emperador, pudo ser también un factor determinante a la hora de proclamarse Defensor de la Fe, cubriendo responsabilidades atribuibles al dirigente del Imperio?

R. No creo que eso sea decisivo. Pierde la condición de Emperador no por él, sino por el desglose que hace su padre entre Imperio y Monarquía española, por el hecho de que es consciente de la inabarcabilidad del territorio. El hecho de proclamarse Defensor de la Fe es también



«Cuando hagamos una Historia de España que reconozca nuestras virtudes y defectos estaremos en el buen camino»

atribuible a las coordenadas ideológicas que vive Europa en esos años y que, entre otros arrastres del río de la Historia, comporta un cambio progresivo de Felipe II.

P. ¿La existencia de juntas en el reinado de Felipe II implica una pérdida de poder por su parte o él controló siempre la vida política del reino?

R. Lo que caracteriza al último Felipe II es el hecho de ser una persona que se vuelve desconfiada y extremadamente recelosa y tiene un celo administrativo de querer controlarlo todo y estar al tanto de todas y cada una de las diversas casuísticas de los problemas de su reinado. La gente se queja de que no lo ve, de que está siempre oculto, precisamente porque la entrega y la dedicación política de Felipe II en los últimos años era de un administrativismo terrible.

P. El hecho de no ser Emperador ni Rey Guerrero le diferencian de Carlos V, pero ¿existen similitudes entre los dos Austrias mayores?

R. El Carlos V retirado en Yuste anticipa la evolución de Felipe II. Es un Emperador tremendamente decadente, con una conciencia absoluta de fracaso, con unas reflexiones que transpiran un resentimiento y una amargura que condicionan el futuro político de España y de su hijo. El último Carlos V es también muy siniestro, con unas reflexiones nihilistas y fatalistas que contrastan muy poco con la imagen del Felipe II escurialense.

P. La dualidad que ha comentado antes existe ya en los estudios sobre el Rey. Geoffrey Parker le considera desorganizado y Joseph Pérez demasiado organizado.

R. Él no era desorganizado, pero hay que pensar lo difícil que era gobernar en aquel momento. Aquello era un mosaico objetivamente ingobernable por la pluralidad de situaciones, regímenes políticos distintos, absolutismo en Castilla, un régimen foral en Aragón que neutraliza la acción del Rey... No había quién lo manejara. Él

intenta aplicar un celo administrativo puritano y detallista, creyendo que de ese modo puede controlarlo, pero le experiencia le va a demostrar que no es así, y luego le va a pasar lo mismo a Felipe IV.

P. Aparte del celo administrativo el reinado de Felipe II estableció una serie de medidas de propaganda, ¿tampoco estas fueron suficientes para controlarlo todo?

R. Existió toda una leyenda rosa promovida desde España, pagada oficialmente con toda la voluntad política, que no va a prosperar. El éxito de la leyenda negra esconde el fracaso de la leyenda rosa paralela. Se vendió mal, y eso es un problema de la monarquía española de todos los tiempos. No ha sido una habilidad histórica española la de saber manejar los medios de comunicación para colocar nuestra imagen. Esto no quiere decir que no nos tengamos que dar golpes de pecho históricamente, pero al margen de eso hay una realidad que es saber ofertar los méritos que existen, y eso se ha hecho fatal. Se podría considerar que fue y que también es el fracaso mediático español.

P. ¿Podríamos decir que esa propaganda funcionó en la imposición de la idea de que la Armada Invencible fue derrotada por los elementos y no por los ingleses?

R. Esa fue la explicación que dio Felipe II, aunque luego se convirtió en motivo de chanza, porque a partir de la prepotencia no hay nada más ridículo que la prepotencia fracasada. Es claro que se nos ridiculizó a lo largo del siglo XVII, poniendo en evidencia el contraste entre el español aferrado a los códigos del honor y la realidad militar y económica nefasta. Desde la exposición de 1988 en Londres sobre la Armada Invencible ha habido un replanteamiento y ahora los ingleses apelan a los mismos argumentos que Felipe II.

P. Para el año que viene se preparan exposiciones e incluso una serie de televisión sobre Felipe II, ¿van a suponer también un nuevo planteamiento?

R. Yo creo que no. Soy totalmente pesimista, pienso que sólo servirá como alegato patrioter. Se hará un alegato en contra de la leyenda negra, cuando el problema no es ese. Lo que tenemos que hacer es aprender a superar la obsesión de que nos persiguen y nos odian. Cuando hagamos una Historia de España honesta, imparcial y honrada que reconozca nuestras virtudes y nuestros defectos estaremos en el buen camino. Tenemos que superar nuestros complejos, yendo más allá de las simplificaciones. Me temo que el año que viene se van a hacer toneladas de leyenda rosa.

Jaime Fernández